
EL GENIO DE UNA NOCHE

«LA MARSELLERA», 25 DE ABRIL DE 1792

Nos hallamos en el año 1792. Hace ya algunos meses que en la Asamblea Nacional Francesa se debate sobre si debe decidirse por la guerra contra la coalición de emperadores y reyes o bien por la paz. Luis XVI, por su parte, no está decidido; ve el riesgo de que venzan los revolucionarios, presiente el peligro de una derrota. Los partidos también están indecisos. Los girondinos insisten en la guerra para mantenerse en el poder. Robespierre y los jacobinos luchan por la paz para que entre tanto venga el poder a sus manos. Crece cada día la tensión, los periódicos polemizan con artículos vibrantes, se discute en los clubs, circulan los rumores más diversos y la opinión va excitándose cada día que pasa. Y como siempre que apremia una determinación, se experimenta una especie de liberación cuando por fin, el 20 de abril, el rey de Francia declara la guerra al emperador de Austria y al rey de Prusia. La tensión dominante en París durante aquellas semanas ha sido penosa y descorazonadora. Pero en las ciudades fronterizas todavía era mayor la inquietud. En todos los pueblos se van alistando voluntarios, se equipa a los guardias nacionales, se acondicionan las fortalezas. En Alsacia no se ignora que, como siempre, se realizará allí el primer encuentro. El enemigo se halla en las orillas del Rin; no es como en París, que parece que sea simplemente algo abstracto, meramente patético y retórico, sino que allí es una realidad evidente y palpable, ya que desde un extremo del puente, desde el campanario de la catedral, pueden divisarse los regimientos prusianos que se acercan. Durante la noche, el viento trae el rumor producido por el rodar de la artillería, el ruido de las armas, el toque de las cornetas, mientras puede contemplarse el claro de luna sobre el legendario Rin. Sabe todo el mundo que basta una orden, un simple decreto, para que de los cañones prusianos, hasta entonces en silencio, surja el mortífero fuego y empiece de nuevo la lucha milenaria entre Francia y Alemania, esta vez en nombre de la nueva libertad por un lado y del antiguo orden por el otro. Día extraordinario, pues, aquel 25 de abril de 1792, en que los correos de París traen a Estrasburgo la noticia de la declaración de guerra. Inmediatamente, las excitadas gentes se vuelcan en calles y plazas. Marcialmente desfila toda la guarnición en postrer despliegue, regimiento tras regimiento. En la Plaza Mayor les espera el alcalde, Dietrich, con su fajín tricolor y la escarapela en el sombrero, y saluda a los soldados. Tambores y cornetas imponen silencio. Con tonante voz, Dietrich lee, en esta y las demás plazas de la ciudad, la declaración de guerra en francés y en alemán. Al terminar sus últimas palabras, las bandas militares ejecutan la primera canción de guerra de la Revolución, dominante entonces, el *Ca ira*, que es en realidad una melodíaailable, excitante y alegre, retona, pero que infunde un aire marcial al desfile de las tropas. La multitud se dispersa por fin y vuelve a sus casas con el entusiasmo patriótico propio de tal acontecimiento. En los clubs y en los cafés se pronuncian enardecidos discursos. Se reparten proclamas: *Aux armes, citoyens! L'étendard de la guerre est déployé! Le signal est donné!* Y así, por todas partes, en los discursos, en los periódicos, en las pancartas y en las conversaciones de la gente, se repiten las mismas palabras: *Aux armes, cito yens! Qu'ils tremblent donc, les des potes couronnées! Marchons, enfants de la liberté!*, y una y otra vez

la masa se exalta al escuchar y gritar tan fogosas palabras. Aunque callejeramente se manifiesten estas, explosiones entusiásticas, existen también en la intimidad de los hogares, en el círculo familiar, voces más bajas, menos exultantes. El miedo y la preocupación acompañan asimismo a una declaración de guerra. En todas partes hay madres que se preguntan si los soldados enemigos asesinarán a sus hijos, y campesinos que temen por sus haciendas, sus campos y sus casas, por su ganado, por sus cosechas. El enemigo asolará el fruto de su trabajo, pisoteará los sembrados, destruirá sus hogares, empapará de sangre sus tierras. Pero el alcalde de Estrasburgo, el barón Federico Dietrich, en realidad un aristócrata que, como la mejor aristocracia de Francia, se ha entregado en cuerpo y alma a la idea de la nueva libertad, sólo desea oír las palabras que manifiestan entusiasmo. Plenamente convencido del triunfo, acude a una fiesta pública. Con la banda cruzada sobre el pecho, va de un lado a otro estimulando al pueblo. Manda repartir vino y comida a los soldados que marchan al frente. Por la noche reúne en su espaciosa casa de la plaza de Broglie a los generales, a los oficiales y a los funcionarios todos, en una fiesta de despedida, a la que el entusiasmo presta de antemano un valor de victoria. Los generales, seguros del triunfo, son los que presiden la mesa. Los oficiales jóvenes, que ven en la guerra su propio sentido de la vida, discurren libremente. Uno enardece al otro. Agitan en alto los sables, se abrazan, brindan... El buen vino los impulsa a pronunciar discursos cada vez más fogosos y electrizantes. Y de nuevo asoman las palabras estimulantes de los periódicos, de las proclamas, de las arengas: «¡A las armas, ciudadanos! ¡Salvemos a la patria! ¡Adelante! ¡Que tiemblen los déspotas coronados! ¡Ahora que hemos enarbolado la bandera tricolor de la victoria, ha llegado el momento de pasearla por el mundo! ¡Todos debemos contribuir a la victoria, por el Rey, por nuestra bandera y por la libertad!» El pueblo entero, todo el país, quiere formar una santa unidad gracias a la fe en el triunfo y llenos de entusiasmo por la causa de la libertad. De pronto, entre los brindis y los discursos, el alcalde se dirige a un joven capitán de ingenieros llamado Rouget, que está sentado a su lado. Justamente se acuerda entonces que este simpático oficial, medio año antes, a raíz de la promulgación de la Constitución, escribió un bonito himno a la libertad, himno al que Pleyel, el director de la banda del regimiento, puso música. Aquella composición musical, sin pretensiones pero con un estribillo muy pegadizo, la ensayó la banda militar y la ejecutó en la plaza pública, siendo cantada a coro. ¿No sería ahora ocasión, con motivo de la declaración de guerra y de la marcha de las tropas, de hacer algo así? Esto se lo preguntó el alcalde al capitán Rouget, quien se había ennoblecido a sí mismo sin ningún derecho y se hacía llamar ahora Rouget de l'Isle. ¿No le parecía una buena coyuntura para componer un canto al Ejército del Rin, que al día siguiente iba a partir para enfrentarse con el enemigo? Rouget, aquel hombre modesto e insignificante, que jamás había creído ser un buen compositor (sus poesías nunca fueron impresas y su ópera había sido rechazada), sabe, sin embargo, que su pluma puede componer versos si se presenta la oportunidad. Y, deseoso de complacer al alto funcionario y amigo, se muestra dispuesto a acceder a sus deseos.

—¡Magnífico, Rouget! —le anima, levantando su copa, cierto general sentado frente a él, rogándole que le envíe al frente la composición tan pronto la haya terminado—. Si termina, procure que sea una canción vibrante, que exalte el patriotismo de los soldados. Entre tanto empieza un nuevo discurso otro de los comensales. Nuevamente se cruzan brindis, se arma mucho ruido y se bebe enormemente. El entusiasmo general produce un ritmo creciente de frenesí, hasta que, después de la medianoche, los invitados dejan la casa del alcalde.

* * *

Pasó el 25 de abril. Estamos en el 26. Reina la oscuridad en las casas, pero el bullicio y el jolgorio prosiguen aún en las calles. Dentro de los cuarteles, los soldados se preparan para la marcha, mientras algunos precavidos quizá se disponen secretamente a desertar tras los cerrados postigos de sus viviendas. Por las calles desfilan pelotones aislados, y de vez en cuando se escucha el ruido de los cascos de algún caballo cuyo jinete es portador de un despacho urgente. Luego atruena de nuevo algún pesado convoy de artillería, y una y otra vez se repite monótonamente el grito de los centinelas de puesto a puesto. La gente no puede dormir. El enemigo está demasiado cerca. Por todas partes cunde la excitación, pues el momento es decisivo. También Rouget participa del sentimiento general en su morada de la Grande Rue, núm. 126. No ha olvidado su promesa de componer rápidamente una marcha, un canto de guerra para el Ejército del Rin. Inquieto, pasea de una parte a otra de su aposento. ¿Cómo empezar la composición? ¿Cómo? Aún resuenan en sus oídos las frases vibrantes de las proclamas, los discursos, los brindis: *Aux armes, citoyens! Marchons, enfants de la liberté! Écrasons la tyrannie! L'étendard de la guerre est déployé:* Pero también recuerda las otras palabras oídas al pasar, las voces de las mujeres que tiemblan por sus hijos; la preocupación de los labradores, que temen por los campos de Francia, que serán asolados y abandonados con sangre si llegan a ser invadidos. E inconscientemente escribe las primeras líneas, que no son más que un eco, una repetición de aquellos llamamientos:

*Allons, enfants de la patrie,
le jour de gloire est arrivé!*

Entonces interrumpe su trabajo. El principio suena bien. Ahora falta dar con el ritmo debido, que la melodía corresponda al texto. Echa mano de su violín y ensaya en él unas notas. Y, ¡oh maravilla!, desde los primeros compases el ritmo se ajusta a las palabras. Continúa escribiendo apresuradamente, arrastrado ya por la poderosa corriente que le impulsa. En un instante afluyen a su memoria todos los sentimientos desatados en aquella hora decisiva, las palabras oídas en el banquete, el odio a los tiranos, los temores por la tierra natal, la fe en la victoria, el amor a la libertad. Rouget no necesita inventar ni discurrir; sólo le falta rimar cuanto ha escuchado aquel día. Ni necesita componer, porque a través de los cerrados postigos le llega el ritmo de la calle, del momento presente; el ritmo del tesón y del reto que es cifra en la marcha de los soldados, en el toque de las cometas, en el estrépito del paso de los cañones. Acaso no sea él quien lo percibe, no sea su despierto oído el que lo capta, sino el genio del momento que por esta noche se ha adueñado de su espíritu. Y cada vez más dócilmente, obedece la melodía al martilleante y exultante compás, que es el latido del corazón de todo un pueblo. Rouget va escribiendo apresuradamente, y siempre con brío e ímpetu crecientes, las estrofas, las notas. Tiene dentro de sí la fuerza de un desconocido huracán. Escribe como si un viento impetuoso lo empujara. Es una exaltación, un entusiasmo, que no son precisamente suyos, sino propios de cierta mágica energía que los ha comprimido en un solo y explosivo segundo, haciendo que el insignificante aficionado sobrepase su propia talla, llegando a un nivel mil veces más elevado y disparándole como un cohete (esplendorosa llama de un segundo) hasta las estrellas. Por una noche le ha sido concedido al capitán Rouget de l'Isle la hermandad con los inmortales. Las palabras casualmente escuchadas al pasar entre la gente o casualmente leídas en los periódicos, reiteradas en sus líneas iniciales, se convierten en el tema de su

creación y forman la letra de una estrofa tan imperecedera como la melodía a la que se ajustan:

*Amour sacré de la patrie,
conduis, soutiens nos bras vengeur;
liberté, liberté chérie,
combats avec tes défenseurs.*

Luego viene la quinta estrofa, la última, que, enlazando las palabras con la música, constituye el final del impresionante himno. No han aparecido aún las grises tonalidades del alba cuando queda terminado el canto inmortal. Rouget apaga la luz y se echa en la cama. Algo, no sabe qué, le ha elevado hasta experimentar una extraña claridad de los sentidos que jamás conociera antes, y algo le derrumba ahora en torpe agotamiento. Su sueño es tan profundo como el de

la muerte. Y, en efecto, en él había muerto el creador, el poeta, el genio. Pero sobre la mesa quedó la obra terminada, desligada de su propia personalidad. No es probable que se repita en la historia de los pueblos el hecho de que nazca tan rápidamente una canción en la que se encuentren tan magníficamente acopladas letra y música.

* * *

Las campanas de la catedral anuncian como siempre el nuevo día. El viento que viene del otro lado del Rin trae el eco de los primeros disparos. Ha empezado la lucha. Rouget se despierta. Sacude el sueño con esfuerzo. Sabe que le ha ocurrido algo, pero no se acuerda. De pronto mira sobre la mesa y contempla su obra. «¿Versos? ¿Cuándo escribí yo estos versos? ¿Música, y con anotaciones mías? ¿Cuándo la compuse? ¡Ah, sí, es la canción que me encargó Dietrich, la marcha para los tropas del Rin!» Lee sus versos, tararea su melodía, pero, a pesar de todo, no se siente demasiado seguro de su obra. Con él vive un compañero de regimiento, al cual le enseña el himno y se lo canta. El amigo queda satisfecho y le indica solamente algunas modificaciones. Esta primera aprobación de su obra le infunde cierta desconfianza. Con la natural impaciencia de todo autor y satisfecho por haber cumplido tan rápidamente su promesa, se encamina en seguida a casa del alcalde, al que halla dando su habitual paseo matutino por el jardín, mientras va componiendo mentalmente un nuevo discurso.

—¿Cómo, Rouget? —se asombra al entregarle la obra—. ¿Ya está compuesta? Pues vamos a ensayarla ahora mismo. Y ambos pasan al salón de la residencia. Dietrich se sienta al piano para acompañar, y Rouget canta. Atraída por la inesperada música matinal, entra en la estancia la esposa de Dietrich y promete hacer varias copias de la canción, e incluso, gracias a su excelente preparación musical, procurarle el acompañamiento para que en la tertulia de aquella misma noche pueda ser estrenada entre otras canciones. El señor alcalde, buen tenor, se encarga de estudiar el himno, y por fin, la noche del 26 de abril, el mismo día en que había quedado terminado el himno, el alcalde lo canta por vez primera ante una escogida concurrencia. El auditorio aplaudió cortésmente, y no faltaron las consabidas felicitaciones al autor. Pero, claro, los huéspedes del Hôtel de Broglie, en la Gran Plaza de Estrasburgo, no se enteraron de que una melodía perdurable había acariciado por vez primera sus oídos, pues rara vez se les alcanza a los contemporáneos la auténtica magnitud de un personaje o de una obra. Prueba de ello fue la carta que la señora Dietrich escribió a su hermano, en la que relata el prodigio dándole el carácter de un simple acontecimiento. «

Tú sabes —le escribió— que solemos recibir mucha gente en casa y que siempre hay que inventar algo para amenizar la reunión. Por eso mi marido tuvo la idea de mandar componer un himno. El capitán Rouget de l'Isle, del Cuerpo de Ingenieros, buen poeta y músico, compuso rápidamente una canción de guerra. La interpretó mi propio esposo, que tiene una buena voz de tenor, y, efectivamente, resultó muy bien. Yo, por mi parte, puse los conocimientos musicales que poseo al servicio de la orquestación de ese himno y arreglé la partitura para piano y otros instrumentos, lo cual me dio mucho trabajo. Se ejecutó por fin en nuestra casa y tuvo mucho éxito entre la concurrencia.» Estas últimas palabras «tuvo mucho éxito entre la concurrencia» nos parecen hoy excesivamente frías. Pero traslucen la pura realidad, ya que en el reducido ámbito de aquella tertulia no pudo desplegar «La Marsellesa» la fuerza arrolladora que contenía. «La Marsellesa» no es ninguna pieza de encargo para lucimiento de una buena voz de tenor ni está destinada a alternar con romanzas y arias italianas en un salón de la pequeña burguesía. Es un canto vibrante, una llamada a las armas dirigida a una masa, a un pueblo; su orquesta deben ser las armas, los regimientos en marcha. No fue compuesta para oyentes que estuvieran tranquilamente sentados, sino para ser coreada por soldados y guerreros. No se compuso para que la cantara una soprano o un tenor, sino una ingente multitud, como marcha, como canto ejemplar de victoria, de muerte, algo que recordara a la patria, que fuera el himno nacional de un pueblo. Fue el entusiasmo lo que dio vida, antes de que cundiera por todas partes y que su melodía llegase al alma de la nación, que la conocieran las tropas, que la Revolución la adoptara como suya.

* * *

Como todos los demás, ni el mismo Rouget presiente lo que será la creación de aquella noche. Se alegró, claro está, de que los invitados la hubieran aplaudido y le agasajasen como autor. Con su vanidad de hombre insignificante, procura sacar partido de este éxito en su ambiente provinciano. Canta su himno a sus camaradas en los cafés, envía copias a los generales del Ejército del Rin. Entre tanto, por orden del alcalde y consejo de las autoridades militares, la banda de música de Estrasburgo estudió «La canción de guerra para el Ejército del Rin», hasta que, cuatro días más tarde, al marcharse las tropas, la interpretó en la Gran Plaza. Por patriotismo, un editor estrasburgués quiso editar este canto de guerra, que había sido dedicado al general Luckner por su subordinado con todo respeto. Pero a ninguno de los generales del Ejército del Rin se le ocurre hacer que efectivamente sean los soldados quienes vayan cantando la marcha creada para ellos, o entonando la música, y así sucede que, como todos los demás intentos llevados a cabo por Rouget, el éxito de salón obtenido por *Allons, enfants de la patrie*, parece quedar reducido a eso mismo, al triunfo de una noche, a un acontecimiento provinciano, que será pronto olvidado. Sin embargo, a la larga, la fuerza latente de una obra lograda no queda jamás oculta para siempre. Una obra de arte puede quedar olvidada de momento, puede ser prohibida, enterrada, pero lo perdurable siempre acaba por triunfar sobre lo efímero. Durante un par de meses deja de escucharse la «Canción de guerra para el ejército del Rin». Los ejemplares impresos y manuscritos quedan abandonados o van pasando por indiferentes manos. Pero basta que una obra llegue a suscitar verdadero entusiasmo en unos cuantos hombres, pues todo entusiasmo auténtico consigue darle ímpetu a la creación. En el otro extremo de Francia, en Marsella, el «Club de los Amigos de la Constitución» ofrece un banquete a los voluntarios que van al frente. Sentados alrededor de una larga mesa hay quinientos jóvenes

con los nuevos uniformes, experimentando la misma fiebre patriótica que en Estrasburgo en aquel famoso 25 de abril, pero con más ardor, más apasionamiento, como es propio del carácter meridional de los marseleses, aunque no estén tan envanecidos ni tan convencidos de la victoria como en aquel otro momento de la declaración de guerra. Contrariamente a lo que aseguraban aquellos generales, las tropas revolucionarias francesas no pasaron el Rin. Al contrario, el enemigo penetró en territorio francés, viéndose amenazada, verdaderamente en peligro, la causa de la libertad. De repente, en pleno banquete, un tal Mireur, estudiante de Medicina de la Universidad de Montpellier, levantó su copa. Todos callaron y le miraron, esperando un discurso, una arenga. Pero, en vez de ello, adelanta el joven la diestra y empieza a entonar una canción, una nueva canción, desconocida por todos, que no sabían cómo ni dónde la había aprendido: el *Allons, enfants de la patrie*. Y como si fuera una chispa que prendiera en un polvorín, todos se sintieron embargados por inenarrable emoción. Todos aquellos jóvenes dispuestos a morir por la patria, por la libertad, que debían marchar al otro día al frente, encuentran en aquellas palabras sus más íntimos anhelos, sus más determinantes ideas. El ritmo de aquel himno los arrebató en un entusiasmo sin límites. Son aclamadas delirantemente una estrofa tras otra. Con las copas en alto cantan todos repetidamente: «*Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons.*» En la calle, la gente se detiene curiosa para oír aquel himno que se canta con tanto entusiasmo, entusiasmo que acaba prendiendo en ellos también, hasta que finalmente unen sus voces al coro de los voluntarios. Al día siguiente es conocido ya por miles de franceses. Una nueva edición lo divulga más todavía, y los quinientos voluntarios que el 2 de julio se van a la guerra lo llevan impreso en su mente y en su corazón. Cuando los fatiga la marcha, cuando el paso se hace cansino, basta que alguno de ellos se ponga a entonar el nuevo himno para que su estimulante compás les dé a todos nuevos bríos. Al pasar por un pueblo, los campesinos los escuchan maravillados y corean el himno con ellos. «La Marsellesa» se ha convertido en su canción. Han adoptado aquel himno ignorado que fue creado para el Ejército del Rin y sin tener siquiera idea de quién es su autor, como algo propio de su batallón, como una profesión de fe que ha de acompañarlos hasta la muerte. Les pertenece como la bandera, y están dispuestos a llevarlo por el mundo en arrollador avance. El primer éxito lo tuvo «La Marsellesa», que así se llamará pronto el himno de Rouget, en París. El 30 de junio desfila el batallón de voluntarios por los *faubourgs*, con la bandera desplegada y el himno en los labios. Miles y miles de personas esperan en las calles para rendirle homenaje, y cuando los quinientos marseleses avanzan cantando al unísono el vibrante himno que acompaña su marcha, la multitud escucha estremecida. ¿Qué himno es aquel que traen los marseleses? Asombroso clamor de trompetas que se adentra en todos los corazones, acompañado del redoble de los tambores. ¿Qué significa aquel grito de «*Aux armes, citoyens*»? Unas horas más tarde, la canción de Rouget se oye por todas partes. Se olvidó el *Ca ira*, como las otras marchas, los gastados estribillos: la Revolución ha reconocido su propia voz, la Revolución ha encontrado su himno. Como un alud, que no puede detenerse, se difunde ahora aquel himno, irresistible en su carrera triunfal. Se canta en los banquetes, en los teatros, en los clubs. En pocos meses, «*La Marsellesa*» se ha convertido en la canción del pueblo y de todo el ejército. Luego incluso se canta en las iglesias después del *Tedeum*, hasta llegar a sustituirlo. Servan, el primer ministro republicano de la Guerra, reconoce con astuta visión la fuerza tónica exaltadora de tan extraordinaria canción de guerra y ordena que urgentemente se envíen cien mil ejemplares de aquella composición a todos los cuarteles generales, y al cabo de pocas noches la obra del desconocido, «*La Marsellesa*», se ve más difundida que todas las obras de Molière,

Racine y Voltaire. No hay fiesta ni batalla que no empiece o acabe con «La Marsellesa», el himno de la libertad. En Jempaes y Nerwinden se disponen los regimientos a cantarlo a coro para el asalto decisivo. Los generales enemigos, que sólo pueden estimular a sus soldados con la vieja receta de darles doble ración de aguardiente, ven con horror que no disponen de nada capaz de contrarrestar la fuerza explosiva de aquel «terrible» himno, cuando, entonado a la vez por millares de voces, irrumpe como oleada rugiente sobre sus propias filas. En todas las batallas de Francia resuena «La Marsellesa», exaltando a los combatientes y suscitándoles el desprecio a la muerte, como Niké, la alada diosa de la victoria. Mientras, en una pequeña guarnición de Hüningen, un capitán de ingenieros virtualmente desconocido, apellidado Rouget, va diseñando concienzudamente defensas y fortificaciones. Quizás ha olvidado ya el himno de guerra del Ejército del Rin, que compuso durante aquella memorable madrugada del 2 de abril de 1792, y ni siquiera llega a sospechar ahora, al leer en los periódicos que aquel otro himno ha entusiasmado a París entero, que esa «Canción de los Marselleses» sea, palabra por palabra y con minuciosa exactitud musical, la maravilla por él creada aquella noche histórica. Y es, ¡oh cruel ironía del destino!, esa melodía cuya grandeza se remonta a los cielos, que asciende pujante hasta las estrellas, la que deja de ejercer su poder de exaltación en un solo hombre, precisamente en el hombre que la concibió. Nadie en toda Francia se preocupa del capitán Rouget. El mayor de los prestigios que puede conseguir una canción sigue favoreciendo a ésta, sin que ni sombra de él recaiga sobre su creador, Rouget. Ya no se imprime siquiera su nombre como autor de la letra; incluso su persona hubiera pasado inadvertida por completo a los ojos de los dueños de la situación, de no comportarse y actuar de acuerdo con sus sentimientos, pues, ¡oh paradoja genial que sólo puede permitirse la Historia!, el creador del himno de la Revolución no tiene nada de revolucionario. Por el contrario, aquel que como ningún otro impulsó la Revolución con su canto inmortal, querría ahora reprimirla. Cuando los marselleses y el populacho de París, con «su canción» en los labios, asaltan las Tullerías y hacen abdicar al Rey, Rouget de l'Isle está ya harto de tanto horror. Se niega a prestar juramento a la República y prefiere abandonar su carrera antes que servir a los jacobinos. Las palabras de la *liberté chérie*, la amada libertad de su himno, no son palabras huecas para este hombre sincero: desprecia a los nuevos tiranos y déspotas de la Convención no menos que a las testas coronadas de allende la frontera. Abiertamente expresa su desafecto al Comité de Salud Pública cuando van siendo conducidos a la guillotina su amigo Dietrich, alcalde de Estrasburgo, el padrino de «La Marsellesa»; el general Luckner, a quien había sido dedicada, y todos los demás oficiales y aristócratas que fueron sus primeros oyentes en aquella noche memorable, y entonces se da la grotesca situación de que el poeta de la Revolución es detenido como contrarrevolucionario y se le procesa, a él precisamente, acusado de traidor a la patria. Sólo el noveno Termidor, que con la caída de Robespierre abre las cárceles, ha ahorrado a la Revolución francesa la vergüenza de haber entregado a la «navaja nacional» la cabeza del poeta que compuso el inmortal himno. De todos modos, ésta hubiera sido una muerte heroica, acaso preferible al angustioso desvanecerse en la sombra que el destino deparaba a Rouget. Más de cuarenta años, o sea millares de días, sobrevive el desgraciado Rouget a la única jornada creadora de su vida. Le despojaron del uniforme y de la pensión. Los poemas, las óperas y las canciones que escribe ni se imprimen ni se representan. El destino no le perdona al aficionado el haberse colado entre las filas de los inmortales sin haber sido llamado a ellas. Aquel pobre hombre pasa su vida entregado a pequeños negocios. En vano intentan ayudarle Carnot y más tarde Bonaparte. Hay algo en el carácter de Rouget que ha quedado irremisiblemente

envenenado y amargado por la crueldad de aquel destino que le permitió ser un dios, un genio, por espacio de tres horas, para devolverle luego a su propia insignificancia. Zahiére y se querella contra todos los poderosos. Escribe a Bonaparte, que deseaba ayudarle, unas cartas patéticas y desvergonzadas, pues se jacta de haber votado en contra suya en el plebiscito. Sus negocios van derivando hacia turbios derroteros, y por no poder pagar una letra tiene que ingresar en la cárcel de Santa Pelagia. Mal visto en todas partes, acosado por los acreedores, vigilado constantemente por la policía, se oculta finalmente en algún lugar perdido de provincias, para, desde allí, separado y olvidado de todos, ir siguiendo el destino de su canción inmortal. Llegó a ver como «La Marsellesa» irrumpía por todos los países europeos con el victorioso ejército, y luego que Napoleón, apenas convertido en emperador, la hace borrar de todos los programas por considerarla demasiado revolucionaria, siendo los Borbones, por último, quienes la prohíben completamente. Pero el amargado anciano se sorprende cuando, tras una generación, la revolución de julio de 1830 hace resucitar su letra y su melodía en las barricadas de París y el rey burgués, Luis Felipe, le otorga una pensión como autor de ella. Le parece un sueño que se acuerden de él, y cuando, a la edad de setenta y seis años, fallece en Choisy-le-Roi en 1836, ya nadie cita ni conoce su nombre. Tiene que pasar de nuevo toda una generación para que se desencadene la guerra mundial, y entonces, mientras «La Marsellesa», convertida ya desde hace tiempo en himno nacional, va resonando con bélico enardecimiento por todos los frentes de Francia, se ordena que el cadáver del insignificante capitán Rouget sea exhumado para ser enterrado nuevamente en los Inválidos, como se hizo con el pequeño teniente Bonaparte. Y por fin descansa el en vida olvidado autor de un himno inmortal en el mausoleo de las figuras ilustres de su patria, con el dolor de no haber sido más que el poeta de una noche.